

*Obstulerunt me tauri pingues.* Hánme acometido lúcios y feroces novillos.

Esta posicion difícilísima en que hoy nuevamente recibís el mando de la república, no la ignora ni aun el mas záfio y palurdo mexicano. Por mí confieso que al observarla me he llenado de horror, y que en un arrebató de mi imaginacion me la he figurado como el historiador Flavio Josefo á Jerusalem, amagada de una total ruina por las legiones romanas, vengadoras del horrible Deicidio cometido setenta años antes por el pueblo ingrato en el Santo de Israel. Parecíame oír en el silencio de la noche las atronadoras voces de aquel niño *Jesus Niacas*, que gritaba sin intermision.... ¡Fuego por Oriente! ¡Fuego por Occidente! ¡Fuego por el Septentrion! ¡Fuego por el Medio dia! ¡Ay de Jerusalem! ¡Ay del templo! En vano le azotaban cruelísimamente para que callara, porque con voz muy mas terrible se hacia oír, hasta que puso término á su vida una piedra disparada por una catapulta romana.

Efectivamente, una potencia de Europa excitada por ávidos comerciantes para que forme una cruzada guerrera, prepara nuestra invasion como las que en otros tiempos se formó para conquistar la Palestina: otra vecina nuestra pretende usurparnos el mas bello territorio de nuestra república, protegiendo á los rebeldes tejanos, que tan mal han pagado nuestra generosa hospitalidad, exigiendo de nosotros, para salvar las apariencias de justicia, que reconozcamos la independecia de la llamada república de Tejas, despues de haber apurado los amaños de una política artera, oscura y escandalosa; cosa que hará execrable en todos tiempos al autor de tales manejos, terminando al fin, como es de esperar, si por medio de ella nada consiguie con declararnos la guerra.... ¡Mas en qué circunstancias! cuando la miseria general ha entecado á la nacion; cuando el agiotismo ha destruido nuestras propiedades, sorbiéndose las mas preciosas; cuando ha agotado nuestro erario y hecho que por todas partes se multiplique el eco de los infelices que piden pan, que piden lo que se les debe de justicia, y nada consiguen, porque no hay de donde dárselo. El mexicano, nacido en un pais cuyo pavimento es de oro y plata, no tiene que comer, aun buscándolo por la via honesta del comercio al menudeo, que vos, cual padre de familias, procurais proporcionárselo, y por lo que sois el objeto de las imprecaciones de la tribuna de Francia, donde se procura haceros odiosísimo, para que derroquemos vuestro gobierno y *nos dividamos*, para que este suelo

se divida en fracciones de mando, para que nos acuchillemos y.... tales enemigos establezcan su imperio sobre nuestras ruinas, triunfen á placer de nuestra libertad é independecia y de cuanto poseemos. Se quiere que representemos el mismo papel que la malhadada Guatemala, donde divididos sus departamentos, sin representacion nacional ni punto céntrico de union, Nicaragua se ve bloqueada, el contrabando se multiplica y agosta lo poco que ha quedado, la guerra de colores amenaza, y aquel pueblo es hoy la imágen del Tártaro, donde no hay órden, sino opresion, desaliento y tiranía. Preténdese en fin desquiciarnos y arrancar la clave que cierra nuestro edificio social, y que llueva sobre nosotros todo linage de calamidades. La odiosidad contra nuestro gobierno y persona ha subido á tal punto, que los buenos mexicanos que residen en Paris no han podido conseguir de ningun periódico que se admita artículo alguno relativo á nuestra defensa, aunque estaban escritos con moderacion y decoro.

Aventadas las tribus bárbaras, y ocupados sus terrenos antiguos por los norte-americanos, ya por la guerra, ya por compra ó permuta de armas y baratijas, y convertidos ademas los indios en instrumentos de su venganza, hoy saltean nuestros poblados, degüellan sin piedad á los pacíficos moradores, sin que necesitemos preguntar el rumbo que han tomado en su retirada, porque nos lo muestran los cadáveres de los que han degollado sin piedad.... Todo, Señor, amenaza una disolucion, si no son socorridos aquellos pobres moradores, y tanto mas, cuanto que los enemigos que compelen á estas hordes bárbaras, les ofrecen con descaro *seguridad y proteccion*, y se aprovechan de esta coyuntura favorable para ellos, para ser admitidos, urgidos de la necesidad imperiosa. Fije el gobierno su atencion sobre esta circunstancia, como debe. ¡Ah! y con cuánto dolor trazo este funesto cuadro! Mas no os desanimeis, ilustre general, viendoos rodeado de tantos infortunios; jamas desesperéis de la salvacion de la patria. Todas las naciones del mundo han sufrido como nosotros, sus dias de anarquía. ¡Por cuántas no pasó Roma para ser algun dia señora del mundo? Ese pueblo que tan osadamente os insulta, y en cuyo capitolio se ha dicho que es necesario acabar con esta raza supersticiosa, resto de la española, que obedece al gobierno *papal*, siendo así que él cree como oráculo de la infalibilidad á una vieja ilusa gesticularia, ó excitada tal vez de la crápula, no conoce á los mexicanos, ni conoce sus recursos, ni menos su valor.... Lo han heredado y no lo han degenerado de aquella tribu de *mexicas*, despre-



ciada por los acolhuas y tecpanecas, que no quisieron darle ni un palmo de tierra donde morasen, y les señalaron por desprecio la laguna; allí se establecieron, manteniéndose de plantas acuáticas, aves y ranas del lago; pero á vueltas de mas de un siglo, por su valor, sabiduria y prudencia, no solo se salieron de las espadañas, sino que erigieron un trono, sojuzgaron á sus enemigos, y llevaron sus conquistas mas allá de Nicaragua, menos por el rigor de las armas que por el comercio y civilizacion: ellos fundaron el grande imperio de Mochtezuma, y cultivaron las ciencias y las artes, y tambien dieron impulso á su comercio. Su valor es heredado, ó dígase mejor es *ingénito*. Sufrieron, es verdad, el yugo de un conquistador prepotente en armas, y en castigo de la abominable idolatria, crimen grande contra el único Dios del universo, y que para desarraigar hasta su idea, hizo caminar á su pueblo coinquinado con él por espacio de cuarenta años en el desierto: quedó por entonces como adormido; pero fué como la tregua de un atleta que si descansa es para volver á la carga con doble furor sobre su contrario; despertó un dia sobre los campos del Encero, descubrióle Iturrigaray el gran secreto de sus fuerzas, avergonzaronse de verse colonos pudiendo ser libres, quisieron serlo, y lo fueron.... No hubo un general *Laffayete* que nos auxiliase con sus batallones, ni un Almirante con sus escuadras, ni un Luis de Francia, ni un Cárlos de España con sus tesoros é influjo; un pobre cura del pueblo de Dolores, un Morelos de Nacupétaro y Carácuaro, un Matamoros de Xantetelco y un Correa de Nopala, trocaron la estola y el incensario, por la espada y el baston: levantaron ejércitos, dieron batallas sangrientas y humillaron el valor castellano, y si murieron tres de ellos en los patíbulos, fué con gloria y dignidad, y su muerte sirvió para dar vida á nuestra amada patria: hondas, gorguoces, garrotes é instrumentos de labranza del campo, opusieron á fusiles, lanzas, sables y cañones con que se presentaron á sostener una lid desigual que comparada con la fuerza enemiga semejava á la de los pigmeos con los gigantes; permítaseme repetirlo con una dulce satisfaccion, humillaron el orgullo castellano en *Cuautla, Huajuapán, Tuxpam, Cylacayoapam, Coscomatepec, Oaxaca, Cóporo, San Agustín del Palmar* y otros muchos lugares de difícil numeracion. ¿Porque, en qué punto de este continente no se ha peleado por su independenciam y libertad, pudiendo muy bien decirse lo que Horacio de la guerra civil que precedió á la dictadura de Augusto?

¿Qué campo no atestigua fecundado  
Nuestros furores, nuestra rabia insana?  
¿Qué mares nuestra furia no ha teñido?  
¿Qué playa en el aciago  
Blandir de la impia diestra  
No ha enrojecido, en fin la sangre nuestra?

Al notar la prontitud con que aquellas musas informes se convirtieron en soldados, y sus caporales arrancados de la esteva y del arado, ya para atacar, ya para resistir generales y gefes de Europa, no puedo menos de decir con Alonso de Ercilla en su *Araucana*:

Cosa es digna de ser considerada  
Y no pasar por ella fácilmente,  
Que gente tan ignota y desviada  
De la frecuencia y trato de otra gente,  
De innavegables golfos rodeada  
Alcance lo que así difícilmente  
Alcanzaron por causa de la guerra,  
Los mas famosos hombres de la tierra.

A vista de esto ¿podrá parodiarse sino por burla, esa nacion que nos amaga, y que se promete aniquilar nuestra raza? esa nacion en cuya historia apenas cuenta tres acciones memorables ganadas con auxilios *extrangeros*, y sus soldados huyen en las demas que les presentan los ingleses como tímidas codornices, y comprometiendo á su ilustre general en gefe, cuando nuestra independenciam la hicimos por nosotros mismos y con nuestro propio valor? ¿Hay por ventura en el dia un mexicano que no pueda llamarse soldado, que no tenga el ojo práctico de la campaña y que con su ejercicio no haya aumentado su valor? ¿En qué soldados sino en los nuestros se vé, que despues de haber andado doce ó mas leguas sin mas auxilio que tres tortillas de maiz y un calabazo de agua, si al rendir la jornada necesitan batirse, lo hacen con fiereza como si apenas hubiesen andado una milla? ¿dónde se encuentra mas subordinacion, mas orden, mas frugalidad y sufrimiento que en esa clase de hombres al parecer abyectos y despreciables? Déseme en la historia del Norte una accion mas terrible que la de Granaditas en Guanajuato, ganada á los doce dias de levantada la primera masa de paisanos por el cura Hidalgo, y en un punto tan fortificado; otra como la del sitio de Cuautla; otra como la de Acapulco, sitiado por seis meses.... Fabulosos parecerán á la posteridad estos hechos, y si como los hemos presenciado los



leyeramos en la historia, nos admirarian como nos admira hoy el ataque de las Termópilas por los griegos, ó los de Marathon, Salamina y Platéa. En México, Sr. Exmo., donde hay hombres, hay soldados, porque todos saben serlo á la vez.... *México, ni provoca la guerra ni la rehusa*; puesto en necesidad, obrará por necesidad, y el Dios de las batallas dará el triunfo á quien convenga, segun los designios de su providencia. ¡Oh vosotros los que neciamente os prometéis hacer flamear la bandera estrellada de Washigton sobre las torres de la catedral de México, y cebar vuestras uñas en sus preciosas alhajas; meditaad sobre estos hechos, que nada tienen de fabulosos ni exagerados.... Mas si en el gran libro de los destinos está escrita tan terrible sentencia, yo, ¡ó Dios justo! os suplico como Moises cuando pedia que perdonáseis las prevaricaciones de su pueblo, que lo hiciese así, ó que borrarse su nombre del libro de la vida. Húndase la bella Tenoxtitlán en las salobres aguas de sus lagunas que la rodean, antes que ocurra tamaña desgracia! y si quedasen aun ruinas de esta hermosa *ciudad de los palacios* que puedan conservar su memoria á los curiosos viajeros, conviértanse como las de Babilonia en guaridas de fieras y alimañas, donde el melancólico buho lamenta su desgracia.... Emborrásquense sus minas, húndanse y desaparezcan sus tesoros, objeto grande de su rapacidad y codicia.... Jamás caiga sobre nuestras montañas ni el rocío ni la lluvia, ni haya sobre nuestros campos espigas ni ganados, cuyas primicias se ofrezcan al Señor!

Mas no sean, Sr. Exmo., estas solas las reflexiones que os consuelen á vista de los peligros que amenazan á nuestra cara patria; sacad otras de vos mismo y estudiaos. Decidme si no, ¡en cuantos peligros de muerte no os habeis hallado en vuestra carrera militar, y de que os ha sacado salvo la Providencia, hasta el último en que fuisteis herido en el muelle de Veracruz? ¡Os olvidareis de los dias en que apurasteis la copa de amargura en la prision de Velasco, no solo privado de vuestra libertad, sino amenazado en vuestra vida y oprimido con una barra de grillos en los piés? ¡Os olvidareis del modo con que regresásteis á vuestra patria, donde habeis recibido toda clase de obsequios y llegado al fastigio del poder? ¡Ah! Que no se os olviden estas ideas! tenedlas presentes para que compadezcáis á los que yacen hundidos en las prisiones, y ampareis al huérfano, socorrais á la viuda, remuneréis los servicios del soldado que os muestra sus honrosas cicatrices de heridas recibidas en la campaña, y tal vez sir-

viendo á vuestras inmediatas órdenes. El Dios del cielo no ha olvidado los servicios que prestásteis á la religion cuando en 1833 se veía perseguida: cuando los venerables obispos de Durango, Michoacan, Monterrey y Puebla abandonadas sus ovejas vagaban por esos campos, para ser confinados fuera de la república. Cuando el de Nuevo-Leon padecía naufragio en el seno mexicano y entregado el buque á merced de las olas y su tripulacion al despecho, este prelado suplía las veces del piloto y cuidaba del timon de la nave. Cuando el de Puebla se mantenía oculto en una reducida pieza en aquella ciudad, y estuvo á punto de ser descubierto y entregado en las manos de sus enemigos por la imprudencia de una vieja: cuando por esta persecucion estábamos espuestos á que abortase un *cisma* religioso y corriésemos la suerte que la España en estos últimos años de confusion y estragos. Permitidme que os recuerde sin adulacion, que habiendo recibido sus pasaportes los canónigos de México para marchar fuera de la república, se os presentaron á entregaros las llaves del tesoro de la iglesia; el mas digno de ellos, penetrado de angustia os dijo.... Señor, ahí quedan los tesoros que se confiaron á nuestro cuidado.... Ni una sola pedrezuela falta de sus custodias y vasos sagrados.... Vamos á cumplir nuestra condena á un destierro; pero descansando en nuestra inocencia.... Tales palabras, pronunciadas con el acento del dolor, las escuchásteis con emocion, un puñal buido atravezó vuestro corazon, manaron lágrimas á vuestros ojos, y entonces, en el fondo de vuestra alma, jurásteis darle paz á la iglesia: restablecísteis en sus puestos á los canónigos despojados, y os colmásteis de gloria. Calamidades de otra especie rodeaban entonces á la república. Puebla sufría un sitio de tres meses por las tropas del gobierno: sus calles y plazas eran teatros de matanzas: otra fuerza sitiaba á Morelia, y aun la ocupaba. Los claustros del convento de Santa Catalina se convirtieron en campo de batalla y se ocuparon á la bayoneta; y aquel recinto sagrado por donde el Dios de la Magestad se paseaba acompañado del silencio, se tornó en lugar de sangre y abominacion. Otro ejército mandado por el general Mejía en Guadalajara entró en transacciones con el nuestro, y se economizó la sangre: en dos palabras, en brevísimos dias sucedió la paz á la guerra, el orden á la anarquía, y la piedad al desenfreno. Y que, ¡todo esto lo habria permitido la Providencia sin designio? No ciertamente. ¡Y cuál podrá ser sino el que consumeis la obra comenzada? *Que cumplais el juramento que acabais de hacer*: que pro-



tejas la religion: que honreis á sus ministros: que no toqueis los bienes consagrados al culto; y con igual respeto mireis los de vuestros conciudadanos. El Dios que ha sido eminentemente liberal para llenaros de satisfacciones, será tambien eminentemente justo *en castigos si correspondéis mal á sus bondades*. Esto es lo que me toca deciros, deseandoos un feliz gobierno.—*Un ciudadano mexicano*.

A este pobre hombre se le puede decir lo que un cuervo dijo á César cuando hizo su entrada triunfante en Roma. Como otro cuervo se hubiese anticipado á hacerle la misma felicitacion y dijese que ya lo habia oido, desairado el animalito exclamó con gracia diciendo.... *Oleum et operam perdimus.... Hemos perdido inútilmente el tiempo y el aceite....* \* Así ha sucedido.... inútiles han sido tales consejos.

\* Santa-Anna marchó para Tacubaya, anunciando su salida la artillería, con salva. En el camino se le presentó el ayuntamiento de Atzacapotzalco y lo condujo de ceremonia. Instósele para que subiese en una carretela; pero no quiso entrar en Tacubaya sino en su coche que fué tirado á brazo por los léperos. Díjose que se le habian presentado hasta nueve mugeres vestidas de blanco, acaso serian las nueve musas para coronarlo de laureles. Púsose un arco muy adornado para que pasase bajo de él, á escote de los vecinos, que contribuyeron porque no se les tuviese por enemigos de Santa-Anna, siendo el motor de ello el Lic. Sierra y Rosso favorecido por él mismo.



## CARTA XVI.

MEXICO, 30 DE AGOSTO DE 1844.

**MI QUERIDO AMIGO.**—En 5 de junio acordó la cámara de diputados que el ministro de relaciones exteriores pasase á informar sobre el estado que guardaban los asuntos de Tejas, supuesto que los periódicos del Norte indicaban que por entónces no habia un rompimiento con México. El 7 se presentaron en la cámara tres de los ministros, y el Sr. Bocanegra leyó un extracto de cuanto habia hasta entónces ocurrido con respecto á su pretendida agregacion á los Estados-Unidos. A mocion mia se acordó la impresion de todos los documentos relativos á este asunto, y dicho ministro aseguró que él estaba en hacer lo mismo que yo habia indicado.

Tomó en seguida la palabra el Sr. Baranda pretendiendo manifestar la necesidad que habia de sostener con las armas los derechos de la nacion: que no debiamos adormecernos ni confiar en que el senado de Washington desaprobase los convenios de Tejas formada su república de aventureros; y cayendo sobre el punto principal, que era el de excitar á la cámara á que propusiese y decretase recursos para hacer la guerra, protestó una y muchas veces que el gobierno *no queria facultades extraordinarias, y que aun cuando se le concediesen devolveria el decreto*. Quería, en fin, obrase en el círculo de sus atribuciones. El diputado Rosa dijo: que el gobierno presentase las iniciativas de lo que necesitase para proveerlas despues de un exámen detenido sobre ellas y sobre el estado de la nacion. Baranda tornó á hablar y dijo.... Que habia cosas que no podian decirse en se-